

# Los escritores y artistas y su manifiesto

(De *La Nación*, Santiago de Chile)

EN *La Nación* del 24 aparece un manifiesto de los escritores y artistas de Chile dirigido «A las naciones extranjeras». (1)

Aunque me parece un poco «dictatorial» el procedimiento de los firmantes al hacerse eco de la opinión de todos los que escriben, sin previa consulta a los interesados, me inclino reverentemente y no protesto... del procedimiento. Me basta leer las firmas de Pedro Prado, E. Barrios, A. Donoso, Silva Vildósola, Iris, etc., al pie de ese documento histórico para sentir una especie de nostalgia de tan buena compañía. Mi primer impulso ha sido correr a adherirme, pese a mis anteriores reservas y cavilaciones ante los procedimientos de la Junta Militar.

Por desgracia, venció en mi espíritu un irresistible deseo de manifestar mi humilde verdad, y he aquí por qué escribo estas líneas.

Creo, como los autores del manifiesto, que la revolución encabezada por la oficialidad del Ejército es un movimiento espontáneo, bien intencionado y valiente. Más que valiente, temerario. En un minuto de su vida ese grupo de reformadores ha colocado su cabeza bajo la cuchilla del patíbulo. Los favorecieron la suerte y la inercia de agua estancada que constituye la opinión nacional en la hora presente. Hoy son héroes, ante cuyo éxito todos los prestigios se abaten y todas las adulaciones se yerguen. Eso es todo, y en eso creo que estoy de acuerdo con los autores del manifiesto.

Pero tengo mis dudas acerca de otros puntos del documento de los escritores y artistas. Dicen que la Junta «no ha conculcado ninguna de las libertades públicas». ¿Es verdad? ¿Están seguros los escritores y artistas de Chile de que, si hubieran redactado un manifiesto lanzando un reto al Gobierno de *facto*, estarían todos muy tranquilos en sus casas? ¿Están seguros de que si los diarios hubieran condenado desde el primer día el movimiento militar no hubieran visto sus talleres mudos y sus redactores dispersos? ¿Han podido los hombres del régimen caído hacer oír su voz de protest<sup>o</sup> en las plazas públicas, en la prensa, en todas las ciudades del país?

Si pretenden los escritores defender el actual régimen, más lógica me parecería la franca afirmación de que el golpe de la fuerza y la violación de las libertades públicas, han sido y continuarán siendo necesarias hasta que el actual Gobierno se sienta tranquilo en su puesto. Podrían haber agregado que la ilegalidad ha debido ser combatida con la ilegalidad; y que era preciso efectuar «una operación quirúrgica» en el cuerpo enfermo de nuestra decrepita Constitución, como lo han asegurado los propios propulsores del movimiento. Pero lo demás...

Respetuosamente digo a mis distinguidos amigos, los escritores y artistas de Chile, que estoy en profundo desacuerdo con su manera de apreciar los últimos acontecimientos.

Creo que las más grandes reformas que emprenden la Junta de Gobierno, las futuras Constituyentes, las futuras Cámaras, etc., quedan anuladas anticipadamente por un sólo hecho sencillo y trascendental: en un momento de la vida nacional, el Ejército, la fuerza, ha derrotado el poder civil, que es la debilidad física. ¿Qué Gobierno se podrá sentir seguro en un porvenir próximo o lejano? ¿Podremos confiar en que si la nueva Constitución, o los

nuevos parlamentarios, no son del del agrado del Ejército, muy espontáneamente, muy patrióticamente, muy intencionadamente, no irán a ser barridos con la misma facilidad que los del pasado?

—Ah, pero la fuerza de la opinión, la conciencia nacional...!

No creo en tal fuerza. No creeré al menos, mientras haya escritores y artistas, entre los cuales me cuento, yo, que durante toda su vida no han hecho otra cosa que huir de todo contacto con la vida cívica del país, encastillados en su lírica Torre Artística, ajenos a todo movimiento político y de progreso material, simples espectadores (salvo raras excepciones) ante el triunfo de los peores, de los ambiciosos, de los audaces, de los corrompidos...!

Tarde nos ha nacido la voz para aprobar o condenar; cuando nadie nos escucha, cuando el país se encogerá de hombros ante nuestros ademanes estériles, intrusos y extranjeros en la misma patria que nos dió hogares, afectos y raíces hondas!

¿Por qué no pusimos nuestras energías en la tarea de transformar el caduco régimen y lanzamos manifiestos al mundo ante cada una de las iniquidades de Gobiernos pasados? ¿Qué voz de las nuestras, salvo las de algunos periodistas, se alzó para defender o condenar el complot de los militares, en la Administración Sanfuentes?

Si a las crisis de régimen no se hubiera añadido la crisis de hombres, no habría sido necesaria la revolución que hoy triunfa. Y ha triunfado porque ha merecido la victoria, porque los que aceptamos hoy la situación creada, habríamos inclinado, la mansa cabeza a la omnipotencia de un Comité de Soldados Obreros, o a la Monarquía absoluta de don Alberto Edwards secundada por las armas, o a cualquiera fuerza activa que valiera más que nuestro espíritu deprimido, egoísta y utilitario.

Estoy en desacuerdo con mis colegas en que la tranquilidad en que se desenvuelve la actual revolución es un título que se pueda colgar al cuello de los vencedores. Ella se debe a la cordura, prudencia, apatía o temor de los vencidos, y a la indiferencia de la opinión pública. ¡Pobre opinión pública! ¡Pobre conciencia nacional! ¿Quién las conoce? ¿Cuándo habló jamás? ¡Esfinge enorme en medio del desierto de nuestra vida, su sonrisa enigmática bien pudieran atribuírsela en actitud aprobatoria todos los políticos del pasado y todos los triunfadores del presente.

Ojalá que mis ilustres compañeros, en su totalidad, decidan de hoy en adelante contribuir a formar esa opinión pública, esa temida y zarandeada opinión que constituye el desvelo de todos los hombres timoratos y que tan bien la saben aprovechar los buenos y malos audaces!

Si «la opinión extranjera» quiere escuchar la voz de un ínfimo escritor que no está de acuerdo con los que suscriben el manifiesto de los escritores y artistas de Chile, sepa que él no formará jamás detrás de la cauda luminosa de ningún movimiento militar, porque humildemente piensa que es una desgracia más, un peligro mayor para la República, un arma de dos filos que puede herir a los que la esgrimen hoy con la mejor intención y, lo que es peor, a la pobre Nación, que se presta para que en ella se ensaye esta peligrosa «operación quirúrgica...»

FERNANDO SANTIVAN



(1) Véase el sorprendente manifiesto en el número pasado del *Repertorio*.